

Cuentos para mirar la vida... cuentos para descubrir la vocación

Oscar Jesús Fernández, Dominicó

Antes de nada, un recuerdo para quienes usan historias, parábolas o cuentos en su quehacer diario con jóvenes (o no jóvenes): tú eres el mejor "hacedor de historias", puedes crearlas o modificar otras. Nunca hemos de olvidar que son un instrumento para ayudar a caminar. Los protagonistas son los jóvenes (o no jóvenes, repito) que van a servirse de ellas para crecer.

¿Por qué digo esto? Porque hacer después un guión para trabajar la historia me parece un poco traición. Y no al autor de la historia (que como esta vez es el mismo que escribe esto, no tiene ningún problema) sino a aquellos que la van a utilizar. Es como decirles: "tranquilos que yo os lo mastico primero". A lo que iba: utilizad esta historia como mejor veáis.

UNA CANOA PARA NAVEGAR

Alonso fue siempre un aventurero. Nunca desaprovechó una oportunidad para ver nuevas tierras y nuevas gentes. Por eso no lo dudó un instante cuando le ofrecieron aquel viaje para explorar una zona del alto Amazonas.

Fueron varios meses de preparación: eligió el mejor material para el trabajo que iba a realizar, calculó al milímetro las provisiones necesarias para los dos meses que duraría el viaje, estudió los mapas y todo lo que otros habían escrito de aquella zona, pasó largas horas escuchando a los nativos todo lo que le querían contar sobre el mundo y las gentes que se iba a encontrar.

Al llegar el día de la partida, Alonso ya estaba preparado. Muy impaciente y lleno de ilusión, se presentó al capitán del barco que le habría de acercar a su destino.

La primera impresión le dejó un poco decepcionado. El capitán era un hombre algo mayor que no daba ninguna importancia al viaje que iba a emprender, ya había hecho la misma ruta varias veces. Le hubiera gustado hablar más con él; pero le había despedido con un “lo siento, tengo que preparar la navegación”.

El viaje comenzó. Alonso pasaba el tiempo observando los márgenes del río. Era un mundo impresionante... y muy atractivo. Cien veces hubiera abandonado el barco para perderse por los bordes de ese camino de agua que le llevaba a la Amazonia.

Después de navegar varios días, llegaron a su destino. El capitán le ayudó a bajar el material y le preguntó si estaba seguro de querer quedarse. Al ver la cara de Alonso, le dio algún consejo y se despidió hasta una fecha determinada en que volvería a recogerle en el mismo lugar.

Observó cómo se alejaba la barca hasta que desapareció en un recodo del río. En un instante se le agolparon un montón de sensaciones que casi no podía diferenciar: excitación, ilusión, soledad, miedo, confianza en sí mismo...

No esperó mucho. Estaba en su terreno, había estudiado todo lo que se sabía sobre esa zona. Muy animoso inició la marcha hacia el interior de la selva, hacia un punto perfectamente situado en los mapas que él se había fabricado.

Fueron varias jornadas caminando... se había perdido. La seguridad se había convertido en vértigo, la ilusión en pánico...

Cuando despertó estaba bañado en sudor. No sabía dónde estaba, ni qué le había sucedido, ni... parecía preso de la fiebre y no podía ponerse en pie.

Después de varios días, entre sueños y despertares, fue recuperando fuerzas y descubriendo lo que le había pasado. Estas gentes le habían encontrado inconsciente en medio de la selva y le habían llevado consigo. Le cuidaron durante muchos días.

Fue entonces cuando comenzó a mirar hacia atrás y ver su propia realidad. No sabía dónde estaba, no sabía qué día era, no sabía cómo llegar al lugar donde el capitán le iría a recoger, no sabía si el capitán ya habría pasado... Su mundo se había venido abajo. Alonso ya no era el aventurero seguro de sí mismo, ahora era alguien muy frágil.

El tiempo fue pasando. Con dificultad fue aprendiendo la lengua de los otros. Les cogió mucho cariño, pero él sabía que tenía que volver.

Lo que más le ayudó fue cuando un anciano le dijo:

–Tú te alejaste del río, perdiste el camino. Sin el camino tú no puedes vivir. Te ayudaremos a volver al río y construiremos una canoa para que puedas volver con tu gente.

Varios días después llegaron al margen de “El Río”. Los más jóvenes cortaron un gran árbol y comenzaron a trabajarlo para hacer la canoa.

No se daban ninguna prisa. Parecía que estaban tallando una gran obra de arte en vez de una canoa. Le invadía la impaciencia cada vez más y su temperamento se agriaba demasiado.

Una noche el mismo anciano le dijo:

–En esta tierra la vida está en el río. Todos nosotros necesitamos de él. Es el camino que nos une con otras familias, con otras gentes. Por él viniste a nosotros y de él necesitas para volver con los tuyos. Pero él exige que estés siempre atento, que estés siempre preparado; continuamente tiende trampas (pequeños brazos, remolinos, corrientes...) que te pueden hacer zozobrar. Por eso tu embarcación ha de ser la mejor.

Tú sólo piensas en el destino al que quieres llegar, pero quienes están haciendo tu canoa la están preparando para el viaje que tienes que hacer. Si la canoa no sirve para tu viaje, nunca llegarás a tu destino, el río te engullirá.

Mucho tiempo después, a muchos kilómetros de aquel lugar, Alonso aprendió lo que habían intentado enseñarle. La lección del río y la canoa, no le sirvió sólo para salvar la vida, hoy le sirve para vivir.

* * *

Diferenciar la historia personal y el desarrollo de la propia vocación es algo tan artificial como inútil. Es algo así como dividir entre mi vida normal y mi vida religiosa, o las horas dedicadas a mi vida y las dedicadas a Dios. Si vocación es llamada y Dios el que llama, la vida es nuestra primera y gran vocación (que luego se irá concretando en diversos ríos, afluentes o regatos).

Esta historia pretende ser un viaje; el viaje que todos hacemos por nuestro río, el de la vida (y el de la vocación). Igual que todos los viajes importantes, tiene sus etapas y momentos. Hay veces que nos encontramos solos y otras que necesitamos acompañantes.

La invitación es a recorrer con el recuerdo el propio viaje (en la vida o en momentos concretos que estamos haciendo viajecillos –¿vocación religiosa?, ¿noviazgo?, ¿crecimiento comunitario?...–). La historia de Alonso nos puede ayudar.

Momentos del viaje de Alonso

(cada punto se corresponde con un párrafo):

- Dispuesto a emprender cualquier viaje que le propongan. A la espera...
- Lleno de ilusión se prepara para hacer el viaje de su vida.
- Impaciente por iniciar la marcha.
- Decepcionado por la primera dificultad: “mi proyecto no ilusiona a todo el mundo”.
- Observando los “atractivos márgenes” y ansiando “perderse en ellos”.
- Resuelto ante todo y ante todos a seguir adelante pese a quien pese.
- Enfrentado con la propia soledad.
- Tan seguro de sí mismo que “no hay posibilidad de duda o error”.
- Lleno de miedo pero sin posibilidad de volver atrás.
- Perdido, desconcertado.
- Débil, necesitado.
- Sin que él haya pedido ayuda, otros se la han dado.
- “Su mundo se ha venido abajo”. Es alguien muy frágil.
- Aprende a querer a los otros, a utilizar su lenguaje.
- Recupera la ilusión por su viaje (aunque sea en dirección contraria).
- Espectador de su propia vida. Observa cómo otros hacen su barca.
- Impaciente por la espera. Exigiendo sin ofrecer nada.
- Escucha a aquellos que le ayudan.
- Con el tiempo y la distancia, descubre que esta historia le ha ayudado.

Para trabajar esto, propongo un rato muy largo de reflexión personal. Como instrumentos de trabajo: papel y bolígrafo, la historia “Una canoa para navegar” y el listado de “Momentos del viaje de Alonso”. Que cada uno escriba su historia personal, haciendo hincapié en las vivencias y reflexionando sobre las propias reacciones.

Es muy difícil compartir la historia personal en grupo (más bien es para compartirla con el acompañante). Por eso, con el grupo, se pueden recorrer los “Momentos del viaje de Alonso” invitando a compartir momentos de la propia vida en los que se haya tenido la misma experiencia.

Descubrir uno mismo y a los otros (compartiendo) las vivencias, es descubrir la propia interioridad. Es aquí donde Dios encuentra muchas veces “el hueco por donde colarse”. Esta tarea de profundizar te corresponde a ti, acompañante.

Y qué te parece si tú también haces tu propia reflexión. No sólo te invito a que escribas tu historia personal, sino también a que releas la historia y te pongas en el papel de los distintos personajes que en algún tramo del viaje acompañan a Alonso.

¿Eres el capitán... que escucha y luego dice “tengo cosas más importantes que hacer”?

O ¿eres el anciano... que después de acoger, cuidar y “aguantar”, sabe dar la palabra justa y los instrumentos necesarios para que siga su propio camino?

Ánimo. Las historias de Dios tienen siempre finales inesperados.